

EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL  
IMPERIO ROMANO

TOMO III



TURNER



*Historia de la decadencia  
y caída del Imperio Romano*

*Tomo III*

*Invasiones de los bárbaros y revoluciones de Persia  
(años 455 a 642)  
Aparición de islam  
(años 412 a 1055)*

**EDWARD GIBBON**

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MOR FUENTES

BIBLIOTECA TURNER



Título original:

*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*

Primera edición en castellano: Turner, 1984

Traducción original de José Mor Fuentes

Esta edición, revisada y actualizada por Luis Alberto Romero:

© 2006 Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Ilustración de cubierta: Vencedor de carrera de cuadrigas, siglo III © ALBUM / akg-images

ISBN (Obra completa): 978-84-15427-20-9

ISBN (Tomo III): 978-84-15427-18-6

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

# ÍNDICE

## **Justiniano**

### *Nota bibliográfica*

- XXXIX Zenón y Anastasio, emperadores de Oriente. Nacimiento, educación y primeras hazañas de Teodorico el Ostrogodo. Invasión y conquista de Italia. Reino godo de Italia. Estado de Occidente. Gobierno militar y civil. El senador Boecio. Últimos hechos y muerte de Teodorico
- XL Ascenso de Justino el Mayor. Reinado de Justiniano. I. La emperatriz Teodora. II. Bandos del circo y sedición de Constantinopla. III. Comercio y fabricación de la seda. IV. Hacienda e impuestos. V. Edificios de Justiniano. Iglesia de Santa Sofía. Fortificaciones y fronteras del Imperio oriental. Abolición de las escuelas de Atenas y el Consulado de Roma
- XLI Conquistas de Justiniano en Occidente. Índole y campañas primeras de Belisario. Invade y sojuzga el reino vándalo de África. Su triunfo. La guerra goda. Recobra Sicilia, Nápoles y Roma. Sitio de Roma por los godos. Su retirada y pérdidas. Rendición de

## Ravena. Gloria de Belisario. Su afrenta doméstica y desventuras

### Los reinos romano-germánicos de Occidente

#### *Nota bibliográfica*

- XLII Estado de los bárbaros. Establecimiento de los lombardos sobre el Danubio. Tribus y correrías de los eslavones. Origen, Imperio y embajadas de los turcos. Huida de los avares. Cosroes I, o Nushirvan, rey de Persia. Su próspero reinado y guerras con los romanos. La guerra cólquida o lática. Los etíopes
- XLIII Rebeliones en África. Restablecimiento del reino godo por Totila. Pérdida y recobro de Roma. Conquista cabal de Italia por Narsés. Exterminio de los ostrogodos. Derrota de los francos y alamanes. Postrera victoria; desventura y muerte de Belisario. Muerte y retrato de Justiniano. Cometa, terremotos, peste
- XLIV Reseña de la jurisprudencia romana. Leyes de los reyes. Las Doce Tablas de los decenviros. Leyes del pueblo. Decretos del Senado. Edictos de los magistrados y emperadores. Autoridad de los letrados. *Código, Pandectas, Novelas e Instituta* de Justiniano. I. Derechos de las personas. II. Derechos de las

entidades. III. Agravios particulares y acciones. IV. Delitos y castigos

XLV Reinado de Justino el menor. Embajada de los avares. Su establecimiento sobre el Danubio. Conquista de Italia por los lombardos. Adopción y reinado de Tiberio. De Mauricio. Estado de Italia bajo los lombardos y exarcas. De Ravena. Conflicto de Roma. Índole y pontificado de Gregorio I

### **Bizancio y los persas**

*Nota bibliográfica*

XLVI Revolución de Persia, después del fallecimiento de Cosroes o Nushirvan. Su hijo Hormuz, tirano, queda depuesto. Usurpación de Bahram. Huida y restablecimiento de Cosroes II. Su agradecimiento con los romanos. El chagan de los avares. Rebelión del ejército contra Mauricio. Su muerte. Tiranía de Focas. Ensalzamiento de Heraclio. La guerra de Persia. Cosroes sojuzga Siria, Egipto y el Asia Menor. Sitio de Constantinopla por los persas y avares. Expediciones persas. Victorias y triunfo de Heraclio

### **Cristianismo oriental**

*Nota bibliográfica*

XLVII Historia teológica de la doctrina de la Encarnación. La naturaleza humana y

divina de Cristo. Enemistad de los patriarcas de Alejandría y de Constantinopla. San Cirilo y Nestorio. Tercer concilio general de Éfeso. Herejía de Eutiques. Cuarto concilio general de Calcedonia. Discordia civil y eclesiástica. Intolerancia de Justiniano. Los tres capítulos. La controversia monotélica. Estado de las sectas orientales. I. Los nestorianos. II. Los jacobitas. III. Los maronitas. IV. Los armenios. V. Los coptos y abisinios

XLVIII Plan de los tres tomos últimos. Sucesión e índole de los emperadores griegos de Constantinopla, desde el tiempo de Heraclio, hasta la conquista de los latinos

XLIX Introducción, culto y persecución de las imágenes. Rebelión de la Italia y de Roma. Dominio temporal de los papas. Conquista de la Italia por los francos. Establecimiento de las imágenes. Índole y coronación de Carlomagno. Restablecimiento y menoscabo del Imperio de Occidente. Independencia de Italia. Constitución del cuerpo germánico

## **Islam**

### *Nota bibliográfica*

L Descripción de la Arabia y sus moradores. Nacimiento, índole y

doctrina de Mahometo. Prédica en la Meca. Huye a Medina. Propaga su religión con la espada. Rendimiento voluntario o forzado de los árabes. Su muerte y sucesores. Pretensiones y trances de Alí y sus descendientes

- LI Conquista de la Persia, Siria, Egipto, África y España por los árabes o sarracenos. Imperio de los Califas o sucesores de Mahoma. Estado de los cristianos bajo su gobierno
  
- LII Los dos sitios de Constantinopla por los árabes. Su invasión de Francia y Derrota por Carlos Martel. Guerra civil entre Omiades y Abasíes. Literatura arábica. Lujo de los califas. Empresas navales contra Creta, Sicilia y Roma. Menoscabo y división del imperio de los califas. Derrotas y victorias de los emperadores griegos

Notas



# JUSTINIANO

## Nota bibliográfica

*Una vez concluida la historia del Imperio Romano de Occidente con las invasiones germanas, Gibbon decidió continuar su obra colocando el eje en el Imperio Romano de Oriente. Esta elección le permitió considerar en paralelo el desarrollo político y social en Oriente y Occidente, y realizar un contrapunto entre las costumbres romanas en Bizancio y los reinos romano-germánicos. El eje es el cristianismo, su relación con el Islam y la forma que adopta en Oriente. La historiografía reciente ha recuperado la relación entre la consolidación del feudalismo y del cristianismo como dos procesos interrelacionados. Mientras Gibbon se centra en los rasgos decadentistas de la política en Oriente, el pan y circo, la historiografía se ha interesado especialmente en Justiniano, su intento de conquista pero, sobre todo, en las leyes elaboradas y recopiladas durante su gobierno.*

Visión general del período: *P. Brunt (ed.), The Roman Economy: Studies in Ancient Economic and Administrative History, Oxford, Basil Blackwell, 1974. A. Cameron, Literature and Society in the Early Byzantine World, Londres, 1985. A. Cameron, Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, Berkeley, 1993. A. Cameron, Changing Cultures in Early Byzantium, Aldershot, 1996. A. Cameron, Mediterranean World in Late Antiquity A. D. 395-600, Londres, 1993. A. Cameron y M. Whitby (ed.), The Cambridge Ancient History. Vol. XVI. Late Antiquity: Empire and Successors. A. D. 425-600, Cambridge University Press, 2000. G. Fowden, Empire to Commonwealth: Consequence of Monotheism in Late Antiquity, Princeton, N.J., 1993. A. C. Johnson y L. C. West, Byzantine Egypt: Economic Studies, Princeton, 1949. W. E. Kaegi, Byzantium and the Decline of Rome, Princeton, 1968. W. E. Kaegi, Byzantine Military Unrest 471-843, Amsterdam, 1981. J. Lefort y C. Morrisson (ed.), Hommes et Richesses dans l'Empire*

Byzantin I, IVVI siècles, *París*, 1989. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey*, *Norman, Oklahoma*, 1964. D. Obolensky, *The Bizantine Commonwealth*, *Londres*, 1971. G. Ostrogorsky, *History of Byzantine State*, *Oxford*, 1956. C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study*, *Baltimore*, 1994. E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran, *Historia de Bizancio*, *Barcelona*, 2001.

La transición al feudalismo: P. Anderson, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, *México*, *Siglo XXI*, 1985. R. Bonnassie, *From Slavery to Feudalism in South-Western Europe*. *Cambridge*, 1991.

Gobierno de Justiniano: R. Browing, *Justinian and Theodora*, *Nueva York*, *Praeger*, 1971. J. W. Barker, *Justinian and the Later Roman Empire*, *Madison*, *University of Wisconsin Press*, 1976. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian*, *Londres*, 1923. A. Cameron, *Circus Factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium*, *Londres*, 1976. C. Diehl, *Justinien et la civilisation byzantine au VI siècle*, 2 vols., *París*, 1901 (reimpresión 1969). R. Evans, *The Age of Justinian. The Circumstances of Imperial Power*, *Londres*, 1996. J. F. Haldon, *Byzantine Praetorians*, *Bonn*, 1984. R. Janin, *Constantinople Byzantine*, *París*, 1964. C. A. Mango, *Byzantium: The Empire of New Rome*, *Londres*, 1980. J. Moorhead, *Justinian*, *Londres*, 1994. N. van der Wal and B. H. Stolte (eds.), *Collectio Tripartita: Justinian on Religious and Ecclesiastical Affairs*. *Groningen*, 1994.

El derecho: R. Bartlett, *Trial by Fire and Water: The Medieval Judicial Ordeal*. *Oxford*, 1986. A. Arjava, *Women and Law in Late Antiquity*, *Oxford*, 1996. P. E. Levy, *West Roman Vulgar Law, The Law of Property*, *Philadelphia*, 1951.

La religión: *P. Brown, The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity A. D. 200-1000, Oxford, 1996. P. Brown, The Body and Society: Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity, Nueva York, 1988. A. Cameron, Christianity and the Rhetoric of Empire: The Development of Christian Discourse, Berkeley y Los Ángeles, 1991. T. E. Gregory, Vox Populi: Popular Opinion and Violence in Religious Controversies of the Fifth Century A. D. Columbus, Ohio, 1979. R. Markus, The End of Ancient Christianity, Cambridge, 1990. T. Mathews, The Early Churches of Constantinople, University Park, Pennsylvania State University, 1971.*

Cultura y mujer: *K. Holm, Theodosian Empresses: Women and Imperial Dominion in Late Antiquity, Berkeley y Los Ángeles, 1982. J. F. Haldon, Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture, Cambridge, 1990. E. Kitzinger, Byzantine Art in the Making, Cambridge, Massachusetts, 1977. S. G. MacCormack, Art and Ceremony in Late Antiquity, Berkeley, 1981. R. Mathisen, Studies in the History, Literature and Society of Late Antiquity, Amsterdam, 1991.*

## XXXIX

# ZENÓN Y ANASTASIO, EMPERADORES DE ORIENTE - NACIMIENTO, EDUCACIÓN Y PRIMERAS HAZAÑAS DE TEODORICO EL OSTROGODO - INVASIÓN Y CONQUISTA DE ITALIA - REINO GODO DE ITALIA - ESTADO DE OCCIDENTE - GOBIERNO MILITAR Y CIVIL - EL SENADOR BOECIO - ÚLTIMOS HECHOS Y MUERTE DE TEODORICO

*D*erribado el Imperio Romano de Occidente, transcurrió medio siglo hasta el reinado memorable de Justiniano, y apenas asomaban los nombres desconocidos de Zenón, Anastasio y Justino, que subieron sucesivamente al trono de Constantinopla. En la misma temporada, revivió y floreció el reino de Italia bajo un godo cuya grandeza nada tuvo que envidiar a la de algunos emperadores de la antigua Roma.

El ostrogodo Teodorico, catorceno en la alcurnia real de los Ámalos,<sup>1</sup> nació en las inmediaciones de Viena,<sup>2</sup> dos años después de la muerte de Atila (455-475 d.C.). Los ostrogodos habían recobrado su independencia con una victoria reciente; y tres hermanos -Walamiro, Teodimiro y Widimiro, que gobernaron juntos aquella nación belicosa- se habían instalado en la provincia fértil, pero assolada, de Panonia. Los hunos siguieron hostigando a sus súbditos, pero Walamiro por sí solo rechazó el avance de sus enemigos. La noticia de su victoria llegó no mucho antes de que la concubina predilecta de Teodimiro diera a luz un niño que sería su heredero: Teodorico.

Cediendo al interés público, por una alianza con León - emperador de Oriente- comprada con un subsidio anual de

trescientas libras [138 kilogramos] de oro, Teodorico tuvo que ir a Constantinopla, a pesar de su padre.

En Constantinopla, el rehén real fue educado con esmero, labrando su cuerpo con ejercicios militares y despejando su entendimiento con incesantes y cultos coloquios. Frecuentaba las escuelas de los maestros más consumados, pero esquivó o desatendió las artes de Grecia, y permaneció siempre tan ajeno a todo rudimento científico que se inventó una rúbrica muy tosca como firma del iletrado rey de Italia.<sup>3</sup>

A los dieciocho años fue devuelto a los ostrogodos, cuyo afecto trataba de granjearse el emperador. Walamiro ya había muerto, en una batalla; Widimiro, el hermano menor, llevaba consigo un ejército a Italia y Galia, y la nación entera había reconocido como rey al padre de Teodorico. Los súbditos admiraban la fuerza y la talla del joven príncipe,<sup>4</sup> que pronto les demostró que no desmerecía un quilate de la heroicidad de sus antepasados. Dejó el campamento en busca de aventuras, capitaneando seis mil voluntarios, navegó Danubio abajo hasta Singiduno (Belgrado) y regresó luego al padre con los despojos de un rey sármata vencido y muerto por su mano. Pero esos trofeos sólo acrecentaban la fama, y los ostrogodos se hallaban desnudos y hambrientos. Acordaron unánimes abandonar los campamentos de Panonia e internarse en las cercanías templadas y ricas de Bizancio, cuya corte estaba manteniendo con vistoso boato tantas partidas de godos confederados. Después de demostrar con hostilidad que podían ser peligrosos o, al menos, problemáticos como enemigos, vendieron a precio muy alto su reconciliación y hermandad. Aceptaron un donativo de tierras y dinero, y se les confió el resguardo del bajo Danubio al mando de Teodorico, que, muerto el padre, se entronizó como heredero de los Ámalos.<sup>5</sup>

Un héroe descendiente de reyes debió menospreciar al ruin isaurio revestido con la púrpura romana, sin realce de

cuerpo o alma, y sin la ventaja de cuna real o requisito eminente. Extinguida la alcurnia de Teodosio, la elección de Pulqueria y del Senado podría justificarse, en alguna medida, por las cualidades de Marciano y de León; pero este último afianzó y deshonoró su reinado con la matanza alevosa de Aspar y sus hijos, quienes le exigían agradecimiento y obediencia.

La herencia de León y de Oriente recayó en su nieto, hijo de su hija Ariadna, cuyo marido isaurio, el afortunado Trascaliseo, cambió su nombre bárbaro por el griego de Zenón. A la muerte del primer León, Zenón se acercó en exceso al trono de su hijo, recibió humildemente, como un obsequio, la segunda jerarquía del Imperio y no tardó en crear sospechas públicas sobre la muerte repentina y temprana de su joven colega, cuya vida le era ya inservible para su ambición. Pero el palacio de Constantinopla se regía por la influencia y las pasiones de las mujeres; y Verina, viuda de León I, reclamó el Imperio como propio y organizó la deposición del sirviente indigno y desagradecido, a quien ella sola había regalado el cetro de Oriente<sup>6</sup> (febrero de 474-9 de abril de 494 d.C.). No bien llegó la novedad a sus oídos, Zenón huyó a las serranías de Isauria, y el Senado servil proclamó unánimemente a Basilisco, hermano de Verina, muy mal conceptuado ya por su expedición africana.<sup>7</sup>

El reinado del usurpador fue breve y turbulento. Basilisco se jactó de asesinar al amante de su hermana y se animó a ofender al de su esposa, el engreído e insolente Harmacio, quien, rodeado de un lujo asiático, adoptó la vestimenta, los ademanes e, incluso, el nombre de Aquiles.<sup>8</sup> Los descontentos conspiraron: trajeron a Zenón de su destierro, vendieron los ejércitos, el capital y al propio Basilisco, y toda la familia fue condenada a la agonía prolongada del frío y del hambre por el vencedor, que carecía de valentía para perdonar a un enemigo.

Pero en la altanería de Verina no cabía rendición ni sosiego: atizó la enemistad de un general dilecto, abrazó su causa apenas lo deshonraron, creó un nuevo emperador en Siria y Egipto, levantó un ejército de sesenta mil hombres y perseveró hasta el último aliento en su rebeldía infructuosa, que, según la moda de la época, habían predicho los ermitaños cristianos y los magos del paganismo. Acosado Oriente con los ímpetus de Verina, descolló su hija Ariadna por sus virtudes femeninas de mansedumbre y fidelidad, pues después de haber seguido al marido en el destierro, imploró su clemencia a favor de la madre.

Cuando murió Zenón, Ariadna -hija, madre y viuda de emperadores- dio su mano y el dictado imperial a Anastasio, anciano criado del palacio, quien disfrutó de su ascenso durante más de veintisiete años (11 de abril de 491-8 de julio de 518 d.C.), y cuya personalidad quedó demostrada en la aclamación del pueblo: “¡Reina como viviste!”.<sup>9</sup>

Mientras vivió -ya fuese por temor, ya por afecto-, Zenón trató con suma prodigalidad al rey de los ostrogodos: le dio el rango de patricio y de cónsul, el mando de las tropas palatinas, una estatua ecuestre, un tesoro de miles de libras de oro y plata, el nombre de hijo y la promesa de una consorte rica y honorable. Mientras se avino Teodorico a servirlo, sostuvo con denuedo y lealtad la causa de su bienhechor; su marcha veloz contribuyó al restablecimiento de Zenón, y en la segunda rebelión, los Walamiros, como eran llamados los hombres de Teodorico, acosaron a los rebeldes asiáticos hasta franquear la victoria a los imperiales.<sup>10</sup>

Pero el fiel servidor se convirtió en implacable enemigo que fue encendiendo la llama de la guerra desde el Adriático hasta Constantinopla (475-488 d.C.). Varias ciudades florecientes quedaron reducidas a cenizas, y en Tracia casi desapareció la agricultura debido a la crueldad

de los godos, que cercenaban a sus cautivos la mano derecha, conductora del arado.<sup>11</sup> Con tales antecedentes, Teodorico recibió los duros reproches de ingrato, desleal y codicioso insaciable, sólo disculpables por las necesidades de su situación. Él no reinaba como monarca, sino como ministro de un pueblo feroz, cuyo espíritu no había sido quebrado por la esclavitud, y era impaciente ante insultos verdaderos o imaginarios. No había remedio para la pobreza, pues hasta los donativos más generosos se malgastaban en lujos desatinados, y los territorios más fértiles se esterilizaban en sus manos. Los ostrogodos menospreciaban y envidiaban a los hacendados laboriosos, y cuando se quedaban sin provisiones, acudían a su hábito de guerras y rapiña.

Teodorico ansiaba (por lo menos, así lo declaró) llevar una vida pacífica, arrinconada y obediente en los confines de Escitia, hasta que la corte bizantina, con promesas grandiosas y falaces, lo indujo a atacar a una tribu confederada de godos, partidaria de Basilisco. Marchó desde su apostadero de Mesia, con la seguridad absoluta de que, antes de llegar a Adrianópolis, encontraría un convoy lleno de provisiones y un refuerzo de ocho mil caballos y treinta mil infantes, mientras que las legiones de Asia acampaban en Heraclea para secundar sus operaciones.

Celos mutuos desbarataron estas disposiciones, pues cuando se internó por la Tracia, el hijo de Teodimiro se encontró en una inhóspita soledad, y sus godos, con su tren grandioso de caballos, mulos y carruajes, fueron llevados a traición por los guías hacia los peñascales y derrumbaderos del monte Sondis, donde los asaltó otro Teodorico, el hijo de Triario, con armas e imprecaciones. Desde las alturas, el astuto competidor arengó a los Walamiros y tildó a su caudillo con los oprobiosos calificativos de niño, insano, traidor, perjuro, enemigo de su sangre y de su nación. “¿Ignoras -exclamó el hijo de Triario- que la política

arraigada de los romanos se cifra en que los godos se exterminen mutuamente con sus espadas? ¿No te das cuenta de que el vencedor en esta injusta contienda quedará expuesto, y con razón, a una venganza implacable? ¿Dónde están esos guerreros, mis deudos y los tuyos, cuyas viudas están ahí lamentando que sacrificaras sus vidas por tu ambición temeraria? ¿Dónde están las riquezas que atesoraban tus soldados cuando los atrajiste de sus hogares para alistarlos bajo tu estandarte? Cada uno tenía entonces tres o cuatro caballos, y ahora te siguen a pie, como esclavos, por los desiertos de Tracia; tentaste con la esperanza de oro y trigo a esos varones que son tan libres y tan nobles como tú mismo”. Un lenguaje tan apropiado para el temperamento de los godos excitó su descontento; y el hijo de Teodimiro, temeroso de quedarse solo, tuvo que abrazar a sus hermanos e imitar el ejemplo de la hipocresía romana.<sup>12</sup>

En cualquier situación, la prudencia y la entereza de Teodorico eran notables, ya sea que acaudillase a los godos confederados para amenazar Constantinopla, o que se retirase con un grupo de fieles a las montañas y las playas del Épiro. Al fin, la muerte accidental del hijo de Triario<sup>13</sup> destruyó el equilibrio que los romanos ansiaban conservar, pues la nación entera reconoció la supremacía de los Ámalos, y la corte bizantina firmó un tratado ignominioso y opresivo.<sup>14</sup> El Senado ya había declarado que se debía escoger un partido entre los godos, puesto que el Imperio no alcanzaba a contrarrestar sus fuerzas reunidas: para el menor de sus ejércitos, se necesitaban dos mil libras de oro [920 kg] más el pago para trece mil hombres,<sup>15</sup> y los isaurios –que no eran guardias del Imperio, sino del emperador– disfrutaban, además de sus privilegios de rapiña, de una pensión anual de cinco mil libras [2.300 kg]. La perspicacia de Teodorico advirtió que los romanos lo detestaban, y que los bárbaros sospechaban de él; llegó a

sus oídos la murmuración popular de que los súbditos sufrían privaciones en sus heladas chozas, mientras su rey vivía envuelto en el lujo de Grecia, y evitó la alternativa dolorosa de enfrentar a los godos como campeón del Imperio o de capitanearlos en campaña contra Zenón. En una empresa digna de su coraje y su ambición, Teodorico habló al emperador en estos términos: “Aunque este sirviente vive de forma holgada por vuestra generosidad, tened a bien oír el deseo de mi corazón. Italia, herencia de vuestros antecesores, y la propia Roma, dueña y señora del mundo, sufren ahora bajo la violencia y la opresión de Odoacro, el mercenario. Ordenadme que vaya con mis tropas contra el tirano: si caigo, quedáis libres de un amigo incómodo y costoso; si, con el favor divino, tengo éxito, gobernaré en vuestro nombre y para gloria vuestra el Senado romano y la parte de la república rescatada de su servidumbre por mis armas victoriosas”. La propuesta de Teodorico fue aceptada por la corte bizantina –y quizá sugerida por ella misma–, pero la forma del encargo o concesión parecía hecha con una prudente ambigüedad, para ser entendida según los acontecimientos, y quedó en duda si el conquistador de Italia podría reinar como lugarteniente, como vasallo o como aliado del emperador de Oriente.<sup>16</sup>

La reputación del líder y la idea de la guerra enardecieron los ánimos; los Walamiros se multiplicaron con los enjambres de godos ya alistados o establecidos en las provincias del Imperio, y cada bárbaro valiente que escuchaba hablar sobre las riquezas y la belleza de Italia estaba impaciente por conseguir, mediante las más peligrosas aventuras, la posesión de esos objetos deseados. La marcha de Teodorico debe considerarse la emigración de un pueblo entero: las esposas y los hijos de los godos, los padres ancianos y los bienes más preciados se transportaron con máximo cuidado. Se puede tener una

idea del bagaje inmenso que seguía al campamento por la pérdida de dos mil carruajes que sufrieron durante una refriega en la guerra del Épiro. Para su subsistencia, los godos dependían de los cargamentos de granos, molidos por sus mujeres en molinillos portátiles, de la leche y la carne de sus rebaños, del producto ocasional de la caza, y de las contribuciones que pudieron ir imponiendo a cuantos les cortaban el paso o les negaban asistencia. Pese a tanta precaución, estuvieron expuestos a peligros y al hambre en una marcha de más de setecientas millas [1.100 km], emprendida en un invierno riguroso. Desde la caída del poderío romano, Dacia y Panonia no mostraban ya la prosperidad de ciudades populosas, campos bien cultivados ni buenas carreteras. Imperaban de nuevo la barbarie y la asolación; y las tribus de búlgaros, gépidos y sármatas, dueñas de esas provincias vacantes, a instancias de su propia ferocidad o por pedido de Odoacro, trataban de resistir el avance enemigo. Teodorico venció en varios combates sangrientos hasta que, por fin, superó todos los obstáculos con su coraje y destreza como dirigente, descendió de los Alpes Julianos y plantó su bandera invicta en el confín de Italia.<sup>17</sup>

Odoacro, digno rival de sus armas, había apostado sus fuerzas en el sitio ventajoso y conocido del río Soncio, junto a las ruinas de Aquileia, acaudillando una hueste poderosa, cuyos reyes independientes<sup>18</sup> o adalides se desentendían de sus deberes como subordinados y de toda prudencia. No bien descansó para reponer fuerzas, Teodorico asaltó con audacia las fortificaciones del enemigo. Los ostrogodos mostraban más ardor por ganar las campiñas de Italia que los mercenarios por defenderlas, y el premio de la primera victoria fue la posesión de la provincia veneciana hasta los muros de Verona. Cerca de la ciudad, sobre los márgenes empinados del rápido Adigio, tropezó con otro ejército, más numeroso y más valiente. La contienda fue más reñida, pero

el éxito más decisivo: Odoacro huyó a Ravena, Teodorico avanzó sobre Milán. La tropa vencida aclamó al vencedor con respeto y fidelidad, pero su falta de constancia y de buena fe pronto expuso a Teodorico a un peligro inminente: su vanguardia, con varios condes godos, confiados temerariamente a un desertor, fue engañada y destruida cerca de Faenza por su doble traición. Odoacro apareció de nuevo como dueño del campo, y el invasor, fuertemente atrincherado en Pavía, debió pedir el auxilio de una nación allegada, los visigodos de Galia. En el curso de esta historia, el más voraz apetito por la guerra quedará satisfecho de sobra, y no hay por qué lamentarse de que nuestros materiales oscuros e imperfectos impidan una narración más amplia de las desdichas de Italia y del fiero combate que, al fin, quedó zanjado por el valor, la experiencia y maestría del rey godo. Justo antes de la batalla de Verona, visitó la tienda de su madre y su hermana<sup>19</sup> para encargales que ese día, el más festivo de su vida, lo engalanasen con las ropas más suntuosas que hubieran realizado con sus propias manos. “Nuestra gloria -dijo- es mutua e inseparable. Eres conocida en el mundo como la madre de Teodorico, y a mí me corresponde probar que soy el linaje genuino de aquellos héroes de quienes aseguro que desciendo”. La esposa o concubina de Teodimiro estaba imbuida por el espíritu de las matronas germanas, que anteponían el honor de sus hijos a su seguridad, y se cuenta que en una acción desesperada, cuando hasta el propio Teodorico corría entre una muchedumbre fugitiva, ella les salió con firmeza al encuentro en la entrada del campamento y, con una cantidad de reproches, los arrojó de nuevo sobre las espadas enemigas.<sup>20</sup>

Teodorico reinaba por derecho de conquista desde los Alpes hasta el extremo de Calabria: los embajadores vándalos le entregaron la isla de Sicilia, como apéndice legítimo de su reino (495 d.C.), y fue vitoreado como

libertador de Roma por el Senado y el pueblo, que había cerrado las puertas al usurpador fugitivo.<sup>21</sup> Sólo Ravena, cuidada por sus fortificaciones naturales y construidas, sostuvo un sitio de casi tres años, y las incursiones denodadas de Odoacro acosaban el campamento godo con consternaciones y matanzas. Por fin, desabastecido y sin esperanza de ayuda, aquel monarca infeliz cedió a los sollozos de los súbditos y a los clamores de sus soldados. El obispo de Ravena negoció un tratado de paz; los ostrogodos fueron admitidos en la ciudad, y los reyes hostiles consintieron, bajo juramento, regir sin divisiones las provincias de Italia. El resultado de tal convenio era fácil de prever: después de mostrar durante algunos días alegría y lealtad, Odoacro fue apuñalado, en medio de un banquete, por la mano o por la orden de su rival. Ya se habían despachado de antemano disposiciones secretas y ejecutivas; los mercenarios desleales y rapaces fueron asesinados al mismo tiempo, sin resistencia, y los godos proclamaron la realeza de Teodorico con el consentimiento tardío, renuente y ambiguo del emperador de Oriente. Como de costumbre, se le achacó al tirano difunto el intento de una conspiración; pero su inocencia y la culpa del vencedor<sup>22</sup> están suficientemente probadas con un tratado ventajoso que la fuerza no podría haber garantizado ni la debilidad podría haber quebrado con imprudencias. Los celos del poderío y los daños de la discordia pueden sugerir una disculpa más aceptable, y puede pronunciarse una sentencia menos rigurosa contra un crimen cometido para introducir en Italia la unidad y el bienestar público. El autor de ese bienestar fue elogiado, aun en vida y en su presencia, por oradores profanos y sagrados;<sup>23</sup> pero la historia -muda y ajada en su tiempo- no dejó elementos que retraten con justicia los acontecimientos que resaltaron las virtudes de Teodorico o los defectos que las enturbiaron.<sup>24</sup> Un rastro de su fama queda en las cartas de

Casiodoro, compuestas en su real nombre, que obtuvieron más crédito del que, al parecer, les corresponde.<sup>25</sup> Éstas manifiestan las formalidades más que la esencia de aquel gobierno, y buscaríamos en vano los sentimientos espontáneos del bárbaro entre la hojarasca y erudición de un sofista declamador, los anhelos de un senador romano, los precedentes de su empleo y las vagas declaraciones que, en todas las cortes y en cada ocasión, componen el lenguaje de un ministro discreto. La reputación de Teodorico estriba con más fundamento en la paz y la prosperidad visibles en un reinado de treinta y tres años, el aprecio unánime de sus contemporáneos y el recuerdo de su tino y denuedo, de su justicia y humanidad, que quedó profundamente impresa en la mente de godos e italianos.

El reparto de las tierras de Italia, cuya tercera parte dio Teodorico a sus soldados, se tacha de la única injusticia en toda su vida, y aun puede justificarse este hecho con el ejemplo de Odoacro, los derechos de conquista, el verdadero interés de los italianos y la obligación sagrada de abastecer a todo un pueblo que, fiado en sus promesas, se había trasladado a países lejanos.<sup>26</sup> Bajo el reinado de Teodorico y en el clima venturoso de Italia, los godos se fueron multiplicando hasta la formidable hueste de doscientos mil hombres,<sup>27</sup> y es fácil computar el padrón de sus familias con el aumento corriente de mujeres y niños. El asalto a la propiedad, en parte vacante, se disfrazó con el generoso, pero impropio, nombre de hospedaje; estos extranjeros indeseables se dispersaron por toda Italia, y la suerte de cada bárbaro se adecuaba a su nacimiento y oficio, a la cantidad de miembros de su séquito y a la simple riqueza de esclavos y ganado. Se hacía la diferencia entre nobles y plebeyos,<sup>28</sup> pero las tierras de cada hombre libre quedaron exentas de impuestos, y éstos disfrutaban del inestimable privilegio de obedecer sólo las leyes de su patria.<sup>29</sup> La moda y la comodidad llevaron a que los

conquistadores vistieran las ropas más elegantes de los nativos. Sin embargo, conservaron su lengua materna, y su desprecio por las escuelas latinas fue celebrado por el mismo Teodorico, que mantenía los prejuicios de su gente - o los suyos propios- y manifestaba que todo niño que había temblado por la varilla nunca osaría mirar una espada.<sup>30</sup> El desamparo habrá llevado a veces a los romanos a tomar los modales bravíos cedidos inconscientemente por los bárbaros ricos y lujosos;<sup>31</sup> mas estas mutuas conversiones jamás merecieron el estímulo de un monarca que perpetuó la separación entre italianos y godos, reservando a los primeros para las artes pacíficas y empleando a los segundos en la guerra. Para cumplir con su cometido, se esmeró en amparar a los súbditos industrioses y en moderar la violencia de sus soldados, sin desmerecer su valor, indispensable para la defensa pública. Éstos tomaron tierras y beneficios como paga militar -pues al sonido de las trompetas estaban listos para marchar con sus caudillos provinciales-, e Italia toda estaba dividida en muchos cuarteles y campamentos bien reglamentados. Se servía en palacio o en las fronteras por elección o por turno, y toda tarea extraordinaria se remuneraba con aumento de salario o algún donativo. Teodorico había convencido a sus hombres de que un imperio se gana y se defiende con las mismas artes, y ellos se empeñaron por sobresalir no sólo con la lanza y la espada, instrumentos de sus victorias, sino con las armas de proyectil, por las que no sentían inclinación. En los ejercicios diarios y en las revistas anuales de la caballería, se presenciaba la imagen viva de la guerra. Una disciplina firme, pero moderada, les impuso hábitos de modestia, obediencia y templanza. Los godos aprendieron a respetar al pueblo y las leyes, a vivir en sociedad y a abandonar su sistema de justicia por la fuerza y las venganzas personales.<sup>32</sup>

Los bárbaros de Occidente se habían alarmado con la victoria de Teodorico; pero cuando vieron que estaba satisfecho con su conquista y ansiaba la paz, el temor se transformó en respeto, y se sometieron a su poderosa mediación, encaminada al elevado propósito de zanjar sus reyertas y civilizar sus costumbres.<sup>33</sup> Los embajadores que llegaban a Ravena desde las regiones más distantes de Europa se admiraban de su sabiduría, magnificencia<sup>34</sup> y cortesía; y si a veces aceptaba esclavos, armas, caballos blancos o animales extraños, sus regalos -un reloj de sol o de agua, un músico- mostraban a los príncipes de Galia la maestría de sus súbditos italianos. Las alianzas familiares<sup>35</sup> -su mujer, dos hijas, una hermana y una sobrina- emparentaron a su familia con los reyes de los francos, los borgoñones, los visigodos, los vándalos y los turingios, y contribuyeron a conservar la armonía o, por lo menos, el equilibrio de la gran república de Occidente.<sup>36</sup>

Era difícil perseguir en los bosques abigarrados de Germania y Polonia a los migrantes hérulos, pueblo feroz que despreciaba las armaduras y condenaba a las viudas y a los ancianos a que no sobrevivieran a la pérdida de sus esposos e hijos, o de sus fuerzas.<sup>37</sup> El rey de aquel pueblo guerrero solicitó la amistad de Teodorico, quien lo elevó a la jerarquía de hijo, según el rito bárbaro de adopción militar.<sup>38</sup> Desde las playas del Báltico, los estonios y los livonios pusieron ofrendas de ámbar<sup>39</sup> a los pies de Teodorico, cuyo renombre los había movido a emprender un viaje desconocido y azaroso de mil quinientas millas [2.400 km]. Mantenía una frecuente y amistosa correspondencia con la región de donde provenían los godos,<sup>40</sup> y los italianos se abrigan con las suntuosas martas de Suecia.<sup>41</sup> Uno de sus soberanos, tras su renuncia voluntaria o forzada, halló albergue y hospitalidad en el palacio de Ravena. Había reinado sobre una de las trece tribus en que se dividía la gran península de Escandinavia, a la que vagamente se

denominaba Tule. Aquella región septentrional había sido poblada o explorada hasta los sesenta y ocho grados de latitud, donde los nativos del círculo polar disfrutaban o carecen de la presencia del sol, en cada solsticio de verano o de invierno, durante un período igual a cuarenta días.<sup>42</sup> La dilatada noche de su ausencia o muerte era la estación enlutada de la aflicción y la ansiedad, hasta que los mensajeros enviados a las cumbres divisaban los primeros destellos del regreso de la luz y proclamaban en las planicies bajas la festividad de su resurrección.<sup>43</sup>

La vida de Teodorico es el notable ejemplo de un bárbaro que envainó la espada en plena victoria y en la lozanía de su edad. Consagró un reinado de treinta y tres años a los deberes del gobierno civil, y las hostilidades en que a veces se vio involucrado concluían rápidamente por la conducta de sus lugartenientes, la disciplina de sus tropas, las armas de sus aliados e, incluso, el terror de su nombre. Amoldó, con un gobierno fuerte y metódico, los países de poco provecho de Recia, Nórico, Dalmacia y Panonia, desde el nacimiento del Danubio y el territorio de los bávaros<sup>44</sup> hasta el pequeño reino erigido por los gépidos sobre las ruinas de Sirmio. Su prudencia no le permitía encargarse del cuidado de Italia a vecinos tan débiles y violentos, y con justicia podía reclamar parte de las tierras que éstos tiranizaban, ya como parte de su reino, ya como herencia de su padre.

El engrandecimiento de un sirviente que fue considerado pérfido porque había tenido éxito despertó los celos del emperador Anastasio, y se encendió la guerra en la frontera dacia, debido a la protección que el rey godo, por las vicisitudes de las cuestiones humanas, había dado a un descendiente de Atila. Sabiniano, general ilustre por méritos propios y por los de su padre, se adelantó capitaneando diez mil romanos, y los abastos y el armamento, que formaban una larguísima fila de carros, se repartieron a las tribus más desalmadas de los búlgaros. Pero en los campos de Margo,

las fuerzas orientales fueron derrotadas por las más pequeñas de godos y hunos; quedó irremediabilmente destruida la flor y la esperanza de los ejércitos romanos, y tal fue la templanza que Teodorico había infundido a sus tropas victoriosas que, como su líder no había dado la señal del saqueo, pusieron intactos a sus pies el botín tomado del enemigo.<sup>45</sup> Exasperada por la derrota, la corte bizantina despachó (509 d.C.) doscientas naves con ocho mil hombres a desvalijar las playas de Calabria y Apulia: asaltaron la antigua ciudad de Tarento, interrumpieron el comercio y la agricultura de aquel país venturoso, y regresaron por el Helesponto, orgullosos de su victoria de piratas sobre un pueblo al que todavía se atrevían a considerar su hermano romano.<sup>46</sup> Quizá, la retirada se aceleró por la actividad de Teodorico –que aseguró Italia con una escuadra de mil naves ligeras,<sup>47</sup> construidas con una rapidez increíble–, y cuya firme moderación pronto fue premiada con una paz sólida y honorable. Teodorico mantuvo, con su mano poderosa, el equilibrio de Occidente, hasta que por fin fue derrotado por la ambición de Clodoveo, y aunque no le fue posible asistir a su infortunado pariente, el rey de los visigodos, salvó los restos de su familia y su pueblo, y contuvo a los francos en medio de su carrera victoriosa. No deseo prolongar o repetir<sup>48</sup> la narración de los hechos militares, lo menos interesante del reinado de Teodorico; me limitaré a añadir que apadrinó a los alamanes,<sup>49</sup> castigó seriamente una correría de borgoñones, y que la conquista de Arles y Marsella abrió la comunicación con los visigodos, que lo reverenciaban como protector nacional y como tutor de su nieto, el hijo de Alarico. Bajo esta imagen respetable, el rey de Italia restableció la prefectura pretoriana de los galos, reformó abusos en el gobierno civil de España, y admitió el tributo anual y la sumisión aparente de su gobernador militar, quien con inteligencia se negó a presentarse en Ravena.<sup>50</sup> Quedó establecida la soberanía goda desde Sicilia

hasta el Danubio, desde Sirmio o Belgrado hasta el océano Atlántico; los propios griegos han reconocido que Teodorico reinó sobre lo mejor del Imperio occidental.<sup>51</sup>

La unión de godos y romanos podría haber hecho duradera la felicidad transitoria de Italia, y la primera de las naciones, un pueblo nuevo de súbditos libres y soldados instruidos, habría podido pulirse con la mutua emulación de sus respectivas virtudes. Pero el logro de encabezar esa revolución no estaba reservado para el reinado de Teodorico: él deseaba tener el genio o las oportunidades del legislador<sup>52</sup> y, mientras consentía a los godos el goce de sus toscas libertades, copió ciegamente las instituciones y hasta los abusos del sistema político planteado por Constantino y sus sucesores. Por ser condescendiente con los viejos prejuicios de Roma, el bárbaro rehusó el nombre, la púrpura y la diadema de los emperadores, aunque asumió, bajo el título hereditario de rey, la totalidad y la sustancia de las prerrogativas imperiales.<sup>53</sup> Su discurso con el trono de Oriente era respetuoso, pero ambiguo; celebraba con pompa la armonía de ambas repúblicas, celebraba su propio gobierno por ser el modelo perfecto de un imperio único y concentrado, y reclamaba a los reyes de la tierra la idéntica preeminencia que con modestia le otorgaba a la persona o la jerarquía de Anastasio.

La alianza entre Oriente y Occidente se aclamaba con la elección anual y unánime de dos cónsules, pero aparentemente el italiano nombrado por Teodorico aceptaba una confirmación formal del soberano de Constantinopla.<sup>54</sup> El palacio godo de Ravena reflejaba la imagen de la corte de Teodosio o Valentiniano. El prefecto pretoriano, el de Roma, el cuestor, el maestro de los oficios con los tesoreros públicos y patrimoniales, cuyas funciones relumbran en las pinceladas retóricas de Casiodoro, todavía actuaban como ministros de Estado. El desempeño subalterno de la justicia y de las rentas estaba encargado a siete procónsules, tres

corregidores y cinco intendentes, que gobernaban las quince regiones de Italia, según los principios y las fórmulas de la jurisprudencia romana.<sup>55</sup> La violencia de los conquistadores era derrotada o eludida por la lenta formalidad de los procedimientos judiciales; la administración civil, con sus honores y sus emolumentos, se restringía a los italianos, y el pueblo seguía conservando su vestimenta y su idioma, sus leyes y sus costumbres, su libertad personal y dos tercios de sus propiedades. El objetivo de Augusto había sido encubrir el establecimiento de la monarquía; la política de Teodorico, disimular el reinado de un bárbaro.<sup>56</sup> Si en ocasiones los súbditos despertaban de la placentera visión de un gobierno romano, obtenían mayores ventajas de la índole de un príncipe godo, que tenía perspicacia y entereza para granjearse su interés propio y el público. Teodorico amaba las virtudes que atesoraba y los talentos de los que carecía. Ascendió al cargo de prefecto del pretorio a Liberio por su lealtad inquebrantable en la causa desventurada de Odoacro. Los ministros Casiodoro<sup>57</sup> y Boecio reflejaron en el reino el lustre de su sabiduría. Más prudente o afortunado que su colega, Casiodoro, sin desmerecer su propia conciencia, mantuvo el favor real y, después de treinta años de honores mundanos, disfrutó otros tantos de sosiego en la soledad estudiosa y devota de Esquilace.

Como señor de la república, le interesaba y correspondía al rey godo ganarse el afecto del Senado y del pueblo.<sup>58</sup> Halagaba a los nobles de Roma con sonoros epítetos y declaraciones formales de respeto a las que se habían hecho más acreedores sus antepasados. El pueblo disfrutaba, sin miedo ni peligros, las tres ventajas de una ciudad capital: orden, abundancia y esparcimiento público. Una notable disminución de sus números podría encontrarse aun en los rasgos de liberalidad;<sup>59</sup> pero Apulia, Calabria y Sicilia vertían en Roma sus tributos de granos. Los